

Capítulo 2: Partida de Guerra.

El viejo cementerio de coches abandonado vibraba y centelleaba con luces y sonidos que el extraño ocaso abrazaba en su lecho con sabor a óxido. Un olor penetrante rezumaba bajo la lluvia y el barro que se formaba entre los desechados y desvencijados vehículos desperdigados aquí y allá junto a montones de neumáticos quemándose. El comienzo en forma de prólogo blusero de 'Bring it on Home' del disco Led Zeppelin II, arrastraba los ritmos de marcha de tren acompañados por la armónica y el retumbante contrabajo, tocados una y otra vez por los expertos intérpretes que se habían reunido allí para la ocasión, con instrumentos casi improvisados. Los tres cainitas que Pantera aún no conocía, hacían gala de su pertenencia a la gente de la noche, en especial, a aquellos que cabalgaban la vida eterna cogiéndola por los cuernos, al filo de un precipicio, sin miedo a caer. Ser un vampiro y pertenecer al Sabbat, era un orgullo para todos los verdaderos miembros de la secta. Y aquella noche, y las noches como aquella, este orgullo se convertía en fervor.

La canción 'tráelo a casa' y otras que estaban interpretando, hacían referencia a lo que allí se estaba preparando. Una cruzada, la cruzada de Atlanta. Había que traer a la casa del Sabbat a todos los descarriados cainitas que aún seguían perdidos en brazos de sus maestros esclavizadores de la corrupta Camarilla. Pantera sabía que Aquella otra secta, si es que así podía llamársela, contaba con el control de la mayoría de las ciudades en todo el mundo, con la militancia de la mayor cantidad de vástagos y medios existentes. Y, sin embargo, no contaban con lo más importante, la verdad.

Siete de los grandes clanes principales de familias de vampiros que existían según los antiguos escritos: *Ventrue*, *Toreador*, *Tremere*, *Malkavian*, *Brujah*, *Gángrel* y *Nosferatu*, que descendían de la tercera generación de vástagos, se habían aliado para extender su mentira y su enfermedad por el mundo atrapando y esclavizando a todos los demás en una intrincada pirámide familiar. Mediante vínculos de sangre, hacían siervos a los jóvenes que bebían de sus mayores. Las ciudades eran controladas por príncipes y sus primogenituras formadas por antiguos de cada clan y daban caza y exterminaban a todo aquel que no siguiera sus exiguas tradiciones, basadas en un régimen de subyugación al más antiguo por el hecho de serlo y en esconderse del rebaño que en secreto pastoreaban, los humanos.

Pero existían otros clanes que no habían aceptado semejante yugo y mentira. Unos, los independientes: Seguidores de Set, Assamita, Giovanni y Ravnos, seguían su propio camino y

filosofías que tampoco llevaban a ningún sitio. Y otros, en cambio, los antiguos y poderosos clanes Lasombra y Tzimisce, habían luchado en el pasado por la verdadera sangre de Caín; por mantener su esencia y reclamar la posición que deberían tener en el mundo sus hijos. En la edad media abanderaron las luchas anarquistas, en las que los jóvenes vástagos reclamaron su independencia. Y Aunque estas acabaron con la firma de un tratado que ningún Sabbat reconoce y con la rendición de muchos de los que se rebelaron a los antiguos, los que no lo hicieron, firmaron el Edicto de Milán y perteneciendo como lasombras, tzimisce o renunciando a su clan de origen, convirtiéndose en lo que se llama comúnmente un antitribu, ahora conformaban el Sabbat, la espada de Caín. Distribuidos en manadas o cofradías de dos o más miembros, compartiendo la sangre entre ellos con un ritual llamado Vaulderie, impidiendo así el vínculo unidireccional de vampiros más antiguos, los sabbats, conseguían poder y prestigio según sus propios méritos y logros.

Pantera reflexionaba sobre todo aquello y recordaba cómo se formó su manada. Los Silver Rockets. Muy joven en términos de historia cainita, pero con tanta edad como una generación humana. Lupus y Quate, habían sido sus cofrades desde que se conformara inicialmente el grupo. Amigos y hermanos inseparables, juntos constituían la cofradía de jóvenes vampiros más gamberra de Tijuana. Ninguno tenía un verdadero iniciador en la secta ni una manada que lo protegiera, ya que las circunstancias de sus abrazos habían sido extrañas en todos los casos. Tres jóvenes descarriados y sin guías que querían formar su propio camino, escribir su propia historia.

La suya, la de Pantera, había sido una historia trágica. Aquel lasombra traidor pendejo que le había abrazado y había matado a su familia delante de él para mostrarle lo que debía dejar atrás, se había jactado de ser un ferviente sabbat, pero en realidad, ocultaba sus ansias de poder que le llevaron a traicionar a la secta en favor de un señor infernal que le tenía dominado. Cuando su joven chiquillo demostró su culpabilidad frente a un caballero inquisidor, éste le permitió diabolizarlo como recompensa.

Miró a Quatemoc, allí sentado bajo la lluvia. Silencioso y atento como siempre, con las luces bailando sobre los tatuajes de su rapada cabeza.

- ¿Recuerdas cuando empezamos? ¿Cuándo Lupus nos convencía y jugábamos a perseguir pulgosos y hacerles putadas y salir por patas?

Quate le miró de reojo y sonrió, pero no dijo nada. Siempre economizaba las palabras al máximo, incluso con sus propios hermanos de manada.

-No sé en qué momento se nos ocurrió la puta locura de dedicarnos a la caza mayor, pero ahora sé que fue una idea cojonuda.

Allí estaban, con tres cabezas de hombre lobo clavadas en tres barras de hierro a su espalda que les daban un estatus de prestigio impresionante frente a otras manadas y formando parte de una cruzada, una autentica partida de guerra para tomar una ciudad Camarilla.

La idea inicial de la caza de garous, había surgido de la obsesión que Lupus sentía por aquellas criaturas. Su rito de creación había consistido en enterrar a unos cuantos 'cabezas de pala', como se llama en el Sabbat a los humanos recién abrazados, a los que se utiliza como fuerzas de choque contra los enemigos de la secta, y soltar un lupino herido al que habían capturado para ver cómo los destrozaba. Si alguno conseguía sobrevivir a aquello, sería alumbrado como nuevo recluta. Pero lo que no esperaban es que uno de ellos, no sólo sobreviviera, sino que además acabara con el garou, consiguiendo cabalgar el frenesí de forma prodigiosa. El problema fue que, tras matarlo, su hambre le hizo beber de su sangre como un poseso, lo que le provocó una furia incontrolada y le dio una fuerza y velocidad desmesuradas. Se lanzó sobre la cofradía que había ideado el juego y mató a casi la mitad antes de ser reducido. De ahí le vino su nombre y su reputación, pero la experiencia también lo traumatizó. No quiso saber nada de aquella manada y ellos tampoco estaban muy contentos con la muerte de sus hermanos. Así que perdió el rumbo durante un tiempo, sin saber muy bien si era un vampiro, un hombre lobo o alguna otra criatura de la noche. Hasta que conoció a Quate y Pantera. Pero incluso cuando ya se sentía por fin un cainita sabbat de pleno derecho, habiendo aprendido que sus rasgos y poderes parecidos a los de los lobos le venían por su sangre gángrel y no tenían nada que ver con aquel garou al que mató y del que bebió su *vitae*, seguía obsesionado con estas criaturas. Y esto condujo a sus camaradas a meterse en más de un lío en territorio lupino del que apenas salieron ilesos. Una cosa llevó a la otra y al final decidieron que aquello que la mayoría de los vampiros veía como una locura insana, podría elevar su prestigio y reputación como la espuma en la secta.

-Y ahí está el señor Obispo, encantado e impresionado con nosotros hasta el punto de querer involucrarnos en una de las más importantes cruzadas que el Sabbat va a realizar. Cuando Strathcona nos dio su bendición y nos envió al Norte llegué a pensar que en realidad lo que

quería era deshacerse de nosotros.

- ¿Y qué mejor forma de hacerlo que enviarnos a una partida de guerra? - Cuando Quatemoc rompía su silencio era para sentenciar, aunque esto último lo dijera sonriendo y en tono irónico.

El assamita antitribu nunca supo quién había sido su sire, pese a que sospechaba, por su sangre, que una manada de la Mano Negra le había creado para alguna de las cruzadas que se dieron en ciudades Mejicanas y allí le había abandonado dándole por muerto. Había estado sólo, durante años, sin saber realmente quién era ni a qué mundo pertenecía, alimentándose por instinto. Eso le había vuelto desconfiado y se había encerrado en sí mismo hasta que conoció a sus compañeros y volvió al seno del Sabbat. Por eso, cuando el Cardenal Kyle Strathcona se fijó en ellos, Pantera nunca se fio del motivo por el cual había asignado al indio a formarse durante varios meses con una célula de la Mano. Nunca le preguntó a Quate por lo que allí había visto o aprendido, ni por qué ahora escondía en la palma de su mano derecha una media luna tatuada con alguna técnica taumatúrgica. Era consciente de que andaba buscando respuestas a sus orígenes, pero aquella facción dentro del Sabbat era como la CIA en el mundo mortal, difícilmente hallaría las respuestas que buscaba. Habría secretos ocultando otros secretos y cada parte conocería sólo lo que necesitase conocer. Su confianza en Quatemoc, su hermano de sangre, no había sido mermada, pero sabía que habían conseguido abrir una pequeña herida entre ellos, de forma deliberada, para poder controlarles.

La noche acababa de empezar y la canción que ya terminaba sería sólo el principio de las celebraciones y rituales que se producirían hasta el alba. Antes de llevar a cabo un ataque, la secta cuidaba mucho la moral de sus soldados. Las cofradías se conocían, se probaban y se hermanaban durante una o varias noches antes de embarcarse en la misión que les era encomendada. Tomar una ciudad, arrebatándola de los brazos de la Camarilla, en ningún caso era un asunto baladí y mucho menos algo que pudiese resolverse en una sola jornada. Aunque la información y la intendencia se llevaban a unos niveles que posiblemente solo Cardenales y Prisci conocían, se sabía que las ciudades había que trabajarlas durante años. Espionaje, engaños, asedios, desestabilización moral de la población mortal. Eran muchas las líneas que había que controlar y dirigir previo a una cruzada, pues esta sólo era el golpe definitivo a los vástagos principales y los lugares claves que controlaban la columna vertebral de una ciudad Camarilla.

Un cambio en la música volvió a sacar a Pantera de sus reflexiones. Él y Quate se habían quedado a cierta distancia de los músicos, Lupus se había acercado con Atram para escucharles mejor mientras De Paso y La Bestia inspeccionaban el lugar por si a los chicos del Obispo se les había escapado algo. Una de las cosas que habían aprendido en su camino hasta la fecha, era a no fiarse más que de ellos mismos.

Sobre el improvisado escenario, un Negrata con rastas imitaba el contrabajo con un teclado de diseño bajo una sombrilla de playa que hacía las veces de paraguas. Una chica con una armónica tocaba como los ángeles si estos fueran negros, empapada hasta arriba y con el largo pelo rubio pegado a la cara y los vaqueros y el jersey blanco de lana ceñidos al cuerpo. Y, por último, un extraño hombre de gris, con traje de enterrador o de predicador extraviado, allí de pie y firme como un palo en el centro, cantaba estirando la piel de su tráquea haciéndola vibrar y amplificando su voz antinaturalmente como lo haría un micrófono.

Había, en aquel lugar abandonado de la mano de la sociedad, unos treinta chupasangres distribuidos en varias manadas. Los músicos parecían ser una de ellas y tenían pinta de ser unos tíos enrollados. Estaba seguro de que Lupus ya los amaba. El blues y el rock eran otra de las debilidades del gángrel antitribu y el tío lograba transmitir su fervor al resto de la cofradía. Era un hecho que, aunque aún no tenían claro quién debía tomar el rol de sacerdote, sus capacidades para inspirar e insuflar moral y valores a sus hermanos, su espiritualidad y la pasión que sentía por aquellas cosas, hacían de Lupus el más idóneo para hacerse con el puesto en Silver Rockets. En este sentido, en alguna ocasión, ya había propuesto que todos comenzaran a trabajar con instrumentos para convertirse ellos también en una banda itinerante de Rhythm 'n Blues.

El Obispo Corben se levantó del asiento de un viejo Cadillac desmontado que había junto al escenario justo cuando se apagó la última nota de la canción. La lluvia fina escurría por su gabardina y se acumulaba en las alas del sombrero que llevaba para evitar que le empapase su cuidada melena. Levantó los brazos para llamar la atención de los allí presentes. Junto a él, flanqueándole en el Cadillac, había otros cuatro cainitas que debían ser su actual manada. A primera vista, podía reconocerse a un nosferatu antitribu. La deformidad y fealdad propia de este clan, les descubría a los ojos del resto, y por esto mismo, muchos habían desarrollado la disciplina de ofuscación con la que conseguían confundir las mentes de los curiosos para desvanecerse o incluso parecerse a otras personas. Pero esta conducta, típica en la Camarilla, era evitada en el Sabbat, por ser un rasgo vampírico del que sentirse orgulloso y presumir

frente a sus iguales y a las víctimas mortales de las que se alimentaban. El 'nosfe', iba vestido de cuatrero: sombrero, tejanos, guardapolvos y espuelas en las botas y llevaba un pañuelo al cuello que seguramente usaría para taparse cuando quería evitar miradas curiosas. A su lado, había una chica con apariencia ratonil, pequeña y desgarbada. El pelo sucio le tapaba unas extrañas manchas que le marcaban todo el lado derecho de la cara. Llevaba una boina y tirantes, con botas y un largo gabán marrón exageradamente grande en proporción. Además de ellos, un hombretón moreno y alto, con sotana y alzacuellos de cura protestante, se sentaba junto a otro hombre de rasgos que denotaban una edad avanzada y que vestía con el uniforme completo de un general confederado.

Los gritos, aplausos y algarabía reinantes se fueron apagando y Corben por fin comenzó a hablar:

-Mucho se ha dicho hasta ahora acerca de lo que el Sabbat puede y no puede hacer. – Su voz era potente y firme, la voz de un líder. – Mucho se ha perdido, y mucho se ha sacrificado. – A cada pausa que hacía el Obispo, giraba con ceremonia la cabeza mirando a toda su audiencia - Y no podemos compararnos, no podemos escudarnos en que nuestro número es menor o en que ellos son más antiguos y poderosos. – Mientras hablaba, su figura iba desprendiendo una luz especial. Era como si aumentara de tamaño y a la vez fuera adquiriendo más y más relevancia lo que decía. Sin duda estaba utilizando la presencia Vampírica para engalanar su discurso. – Porque nosotros sabemos la verdad. Y esa verdad nos obliga. Nuestra obligación es cumplir con nuestro destino en la gran guerra de la creación. Somos hijos de Caín, es nuestro legado, e igual que a él, nuestra maldición nos hará luchar para sobrevivir, matar para predominar. – Una nueva pausa dramática terminó por atraer la atención de todos los presentes. - Y no nos engañemos, la Gehena está cerca. El libro de Nod dice: 'Y la tercera generación se levantará. Y hambrienta, acabará con toda su progenie igual que acabó con sus progenitores. Y estos Antediluvianos lucharán hasta el final de los días, acabando con la existencia y la creación, con todos los hijos de Caín y de Seth. Y así terminará la maldición de la sangre.' – Nueva pausa. -Pero el Sabbat ha existido desde Milán, para hacer frente a esta verdad impuesta. Para demostrar que el destino no está escrito. Que la sangre que derramamos cada día, es la que escribe y forja el destino que nosotros queramos. – Algunas muestras de aprobación y conformidad se iban sumando con breves exclamaciones al discurso del Obispo. – Y que no somos como el rebaño, no se nos puede domesticar, no se nos puede pastorear y reducir nuestra voluntad al yugo de nuestros verdugos. Somos Inmortales. – La última frase arrancó la euforia de la concurrencia, los gritos y vítores se escucharon alrededor

inflamando a los presentes en un frenesí de orgullo y coraje, en una iluminación colectiva que desembocó en el mantra tradicional coreado por todos: - ¡Sabbat Rules!, ¡Sabbat Rules! *

Cuando el griterío comenzaba a decaer, Roger Corben aprovechó para alzar su voz por encima y azuzar más el fuego de la pasión general.

-Ahora, el siguiente paso de nuestra lucha es tomar Atlanta. Un hito más para escribir en nuestra historia, para decirles a los antiguos que no nos rendiremos, que no nos someteremos a su gran juego. Que hemos venido a este mundo para quedarnos y que, si es necesario, arrancaremos ese derecho de sus viejas y miserables cabelleras. Larga vida al Sabbat, larga vida a la espada de Caín. - En ese momento, el obispo hizo otro de sus perfectamente estudiados movimientos para el discurso: sacó uno de sus revólveres y levantándolo hacia el cielo comenzó a disparar al tiempo que gritaba: ¡Sabbat Rules!, ¡Sabbat Rules! – La audiencia volvió a prorrumpir en el mantra con fuerzas renovadas y el brujah antitribu, aprovechó para indicar a sus cofrades mediante señas que fuesen preparando la primera de las ceremonias de la noche: El tradicional banquete de sangre.

Mientras sacaban del maletero del coche a los tres humanos maniatados y semiinconscientes a los que iban a utilizar como catering, Pantera se levantó y echó un vistazo alrededor para ver por dónde andaban La Bestia y Antonio De Paso. Nunca estaba tranquilo cuando La Bestia se alejaba durante mucho tiempo, lo cual era un verdadero problema ya que pasar mucho tiempo cerca del viejo cainita le resultaba cargante. Aunque el vínculo de sangre entre los miembros de la manada siempre provocaba que los lazos sentimentales fueran más estrechos, por la práctica de la Vaulderie, existían caracteres opuestos y formas irreconciliables de entender la no vida. Y en casi todos los aspectos, el lasombra y el tzimisce solían chocar, presentando un patrón bastante común a la norma entre los miembros de sus clanes. Esto le daba equilibrio al Sabbat, pero también había provocado la mayoría de las guerras intestinas de la secta. Y lo mismo ocurría con la cofradía.

El por qué La Bestia había llegado a formar parte de Silver Rockets, había que encontrarlo en la época en la que Pantera, Quatemoc y Lupus iniciaban sus andanzas y decidieron dedicarse a la caza de hombres lobo. En Tijuana y Ciudad de México no había muchos vástagos en la secta interesados en dedicar su tiempo y esfuerzo en conocer a los lupinos. La norma era no acercarse mucho y evitar meterse en problemas con ellos, ya que solían provocar muertes prematuras poco deseables incluso para cainitas valientes y curtidos como los sabbat. Los

pocos que atesoraban conocimiento sobre los 'chuchos', o estaban locos o morían pronto o no tenían tiempo para dedicar a unos jóvenes novatos a los que aconsejaban una y otra vez que buscasen otro pasatiempo si querían conservar sus cabezas. Pero un día, otra manada nómada, les habló de un viejo tzimisce que llevaba sólo decenas de años en una mina de una montaña del desierto. Se rumoreaba que se había alimentado de sangre de garou, cuando los humanos habían escaseado en su territorio. Contaban las historias que había llegado casi un siglo atrás al continente y que como no había logrado adaptarse al idioma ni a las convenciones sociales del nuevo mundo, se había confinado en la vieja mina, custodiado por sirvientes Slatza y Vohz que el mismo creaba y alimentaba. La historia de cómo llegaron al lugar, se enfrentaron a los sirvientes y finalmente lograron engatusar a aquel monstruo llamado La Bestia para que se uniera a la manada, aportando sus antiguos conocimientos acerca de los lupinos y de muchas otras viejas tradiciones provenientes de los días de las revueltas, era una fabulosa aventura que les gustaba relatar en los grandes momentos. El hecho de cómo Pantera logró convencerle de que él mismo, debía seguir siendo el ductus de la manada, era harina de otro costal y seguía siendo una herida abierta entre ellos. Una situación que el tzimisce solo admitía a regañadientes y que volvía a salir a colación en cada discusión. Más de una vez se les había ido de las manos, quedando en evidencia delante de miembros de otras cofradías, lo que era visto como una debilidad. Por su lado, Pantera sabía que tanto Quatemoc como Lupus le preferían a él como Líder, y que, si él se lo pidiera, le apoyarían sin pensarlo, pero desde el principio, el lasombra les impidió intervenir debido a los fuertes principios morales que él mismo seguía y se imponía.

Cuando por fin aparecieron los dos tzimisce, el festín estaba preparado. Los músicos habían vuelto a su cometido y bajo la incesante lluvia se habían decantado por el 'Stormbringer' de los Deep Purple. Tras utilizar varias grúas para colgar boca abajo a los 'recipientes' e iniciar la singular 'matanza', los cainitas comenzaron el ritual alimenticio. Para un vástago había muchas formas de beber y todas eran extasiantes, similares a cien orgasmos en un ser humano. La sed de los vampiros era más parecida al mono de una droga que al hambre mortal, y cuando se prolongaba demasiado, podía hacer que perdiesen totalmente el control de su voluntad, y conducirles a un frenesí muy peligroso para cualquiera que permaneciese cerca, pero también para ellos mismos. Por este motivo, la caza y la alimentación eran siempre un punto esencial a tener en cuenta en la noche cainita. Para el Sabbat, la alimentación siempre era un ritual, un juego, una prueba de habilidad, una marca de superioridad frente al rebaño humano. Sólo en las grandes festividades y rituales colectivos, se permitían este tipo de 'facilidades' y siempre se disfrutaban en grupo. Pero como en todas estas cosas, había vástagos que lo disfrutaban

más y otros menos y a Pantera, no solía gustarle demasiado la ostentación en el disfrute de la 'comida'. Tenía que andarse con cuidado, pues rechazar este tipo de ofrendas, podía entenderse, en muchos casos, como una descortesía o insulto. De hecho, en el Sabbat, era un indicio de deslealtad o traición el no beber con tus hermanos, como siempre solía recordar la Bestia a sus cofrades.

-Veo que ya están prreparradass las viandass – comenzó el alto tzimisce con su característico acento. – Bonito disscurso el de su exselencia. Essperremos qui ssea tan aplicado con la esspada como con el pico.

-Supongo que quisiste decir la pluma. – Antonio de Paso, más bajito que el resto de sus hermanos de manada, siempre parecía preocupado. Era un tzimisce bastante atípico. Casi todos los que le conocían solían confundirle con un ventrue antitribu por su aspecto y por su talante. La sangre ventrue que producía vástagos altivos y autoritarios en la *Camarilla*, por el contrario, hacía de sus contrapartidas sabbat guerreros sagrados, guardianes y paladines de sus preceptos y camaradas. Y estas, eran características que aparecían en De Paso. Protector, caballeroso y presto a servir, cualidades poco comunes en los cainitas de la secta. Y aunque muchos las despreciaban, Pantera no se contaba entre ellos. Era un miembro relativamente reciente de la cofradía, un amigo personal y Templario del cardenal Strathcona, había trabajado para él mientras se preparaba para ser miembro de pleno derecho del *Sabbat* y le buscaba una manada. Él mismo le había enseñado muchas cosas y se había ocupado de su formación buscándole mentores y prestándole su biblioteca personal. Era, a parte de un magnífico francotirador, un erudito impresionante. Sus conocimientos sobre aleaciones metalúrgicas y balística supusieron otro hito en la formación de Silver Rockets. Por otro lado, aunque su carácter era taciturno y solía cantar tangos, su acento y actitud provocaban un punto de humor muy particular.

- ¿La pliuma?, ¿Quién habla con la pliuma? Me temo mi querrido amigo, quie nunca entenderré este lenguaje bárrbaro con el qui oss comunicáiss.

- ¡chst!, diculpame va, no me expliqué bien, no quise decir...

-Ah, dejadlo ya. –Interrumpió Pantera. – Debemos acercarnos a beber y presentarnos al Obispo. ¿Habéis visto algo extraño por ahí? ¿Está asegurada la zona?

-Podría decirse qui no hay ni un alma porr lo menos a diez kilómetrros redondos,

exceptuando, claro está, a los aquí presentes. – Dijo La Bestia escupiendo. Pantera miró a De Paso.

-Efectivamente, si mis sentidos no me engañan, líder, el guardés del desguace y sus hijos eran las únicas personitas que rondaban el lugar y ahora se convirtieron en los chanchos del banquete, luego parece que efectivamente, no hay nada de qué preocuparse. Lo cual, por otro lado, siempre es un motivo mayor de preocupación. – El enjuto tzimisce de mirada nerviosa, llevaba el fusil francotirador colgado del hombro e imitaba fumar un cigarrillo. Se había puesto una chaqueta militar de campaña para la ocasión y la alisaba de forma compulsiva.

-Entonces al lío. Procuremos evitar problemas con el señor Obispo – Esto último lo dijo dirigiéndose a La Bestia en tono conciliador, pese a que, al mirar por encima de sus gafas de sol, los dos pozos de oscuridad que formaban sus ojos habrían atemorizado a cualquier observador humano. Pantera solía utilizar las sombras para enfatizar y dar color a sus palabras, como complemento a las otras gesticulaciones más humanas. Aunque sabía que al antiguo tzimisce no le impresionaban, había aprendido que todas las muestras de poder cainita eran para él una especie de muestra de respeto entre hermanos.

Quatemoc se levantó y se acercaron al festín donde la manada del obispo ya había empezado la diversión. Pantera le envió a buscar a Lupus y Atram que seguían disfrutando del espectáculo junto a los músicos. Costó despegar a Lupus del escenario, no obstante, cuando estuvieron todos reunidos, se acercaron al banquete.

-Y Aquí están los refuerzos. - El Obispo Corben levantó una botella de cerveza llena de sangre que acababa de extraer de uno de los 'recipientes'. – Un brindis por los recién llegados. – Hablaba para los miembros de su manada. El resto de cofradías estaban ya dispersas junto a los músicos o se acercaban a beber o desarrollaban sus ritos propios. – Espero que vuestro viaje hasta aquí haya sido placentero. Siento no haberos podido acompañar por carretera, pero debía resolver unos asuntos de última hora antes de la gran noche. - Corben parecía más simpático que la última vez.

-Ningún percance ha impedido que estemos donde debíamos estar, excelencia. -Pantera respondió con prudencia y cortesía. No quería estropear lo que parecía que iba a ser una conversación agradable y productiva. Miró por el raballo del ojo para intentar descifrar el rostro de La Bestia y lo que vio, no le tranquilizó en absoluto. El viejo tzimisce, ya había

adoptado un rictus facial que conocía bien. Era el que adoptaba cuando algo le desagradaba.

-Bien, bien. Me alegro de veras. Quería aprovechar para presentaros a mi manada. Los confederados*. Billy 'el piños' es el 'Nosfe', - Pantera se fijó en que los colmillos de Billy sobresalían en el centro de su boca en el sitio donde deberían estar los paletos, de ahí el sobrenombre, aunque el resto de la cara no estaba mejor ordenada. El feo vástago saludó bajando la cabeza mientras sostenía el ala de su sombrero con la mano derecha. - La pequeña Wyatt Herpes, es nuestra experta en 'fuegos artificiales' - prosiguió el Obispo. La cainita del abrigo desproporcionado y su mancha en la cara les sonrió abiertamente mientras disfrutaba extrayendo la vitae de uno de los cuerpos. - Nuestro sacerdote, el Padre Andrés. – Señaló al alto hombre de la sotana que se acercó a estrechar la mano de todos con excesiva formalidad. - Y el viejo General Lee. – El anciano se limitó a levantar la pipa que chupaba sin parar, soltó un silbido entonando la melodía de Dixiland y se rio de forma histriónica con la mirada perdida en algún punto indeterminado. – Nuestro gran estratega.

La experiencia de Pantera le decía que el General Lee tenía pinta de ser un malkavian antitribu, por la forma de saludar, aunque también podría ser que simplemente estuviese loco por alguna otra causa. Todos los malkavian y sus contrapartidas sabbat sufrían algún tipo de enfermedad mental, lo que no hacía de ellos menos peligrosos o inteligentes. Pero los otros dos integrantes de Los Confederados eran más difíciles de catalogar.

-Siempre es un placer conocer a más hermanos sabbat. – Aseveró Pantera. Se sirvió un poco de sangre en una botella vacía que había junto a los cuerpos y la levantó en forma de brindis.

-Fobre todo fi fon ferdaderof fabbat - Parecía que los colmillos del tal Billy 'el piños' le dificultaban la articulación de las palabras, pero excepto para La Bestia, que puso cara de abuela sorda, para el resto de Silver Rockets, el mensaje quedó perfectamente claro. Un silencio incómodo se apoderó de los presentes y la sonrisa de sorna que Corben le dirigía a Pantera le dejó claro que el Obispo no había olvidado el percance de Nueva York.

– Eso es fácil de averiguar, Billy - Intervino cortando el silencio. Las miradas de Quate y Lupus al nosferatu provocaron una tensión entre las dos manadas que podía palparse en el ambiente. La muestra de colmillos y los gruñidos guturales eran un ritual casi animal que se producía con frecuencia en el Sabbat y Lupus era un experto intimidador.

- ¿Perro qui es lo qui ha dichio? – La Bestia, por suerte o por casualidad, aún no dominaba lo suficiente el idioma y no había entendido la afrenta, con lo que se mantenía completamente ajeno al conflicto. Este hecho y que Quate mantenía la calma en una posición de fría alerta, fue lo que ayudó a Pantera a controlar sus instintos y poder pensar con claridad, evitando lanzar a sus cofrades en pos de una pelea que podría ser fatal para todos en muchos sentidos. Pero la provocación, viniendo del Obispo, le hacía pensar que seguían a prueba de algún modo.

- ¿Cuántas veces vamos a tener que demostrar nuestra valía? – Soltó desafiante.

-Las que sean necesarias. - Desde el asiento del Cadillac del que no se había levantado, el General Lee escupió su discurso, como si tratase de las palabras de un viejo sabio. - Al menos hasta que hayáis participado en una cruzada, con mayor o menor éxito. Algunos aquí ya somos veteranos de varias batallas.

- ¿Acaso quiere su excelencia que juguemos a indios y vaqueros? – Antonio De Paso era conecedor de algunas tradiciones que se habían desarrollado en la secta desde su llegada al nuevo continente y había relatado sus pormenores en más de una ocasión a los miembros de Silver Rockets. Este juego sabbat que hacía que dos manadas se enfrentasen en combate, para demostrar su coraje y determinación, según unas reglas previamente estipuladas, era un ritual al que nunca se habían enfrentado. Era un juego peligroso, en el que podía haber bajas definitivas y la manada de un Obispo que ya había participado en otras cruzadas, seguramente sería un rival muy duro, por no decir excesivo. Pero la convicción y posición de Pantera no le permitían mostrar miedo o dudar y mucho menos rechazar un desafío como aquel:

-Estaremos más que encantados de hacerlo. – Dijo.

-Tranquilo Pantera, no es algo personal. Di a tus chicos que templen sus nervios. – La sonrisa que el brujah antitribu ostentaba, dejaba claro que sabía que manejaba la situación desde una posición de superioridad, lo que a la vez molestaba y admiraba a Pantera. - Nada tan dramático. Además, eso solo conseguiría mermar nuestras fuerzas antes de la batalla. Creo que una danza del fuego será suficiente para mostrarnos el coraje individual de cada soldado. Me gusta saber con qué armas cuento– El Obispo volvió a levantarse e hizo señas para que parasen la música. -Una última prueba antes de confiar a mis hombres las importantes misiones que cada cofradía habrá de realizar. – Sus palabras volvieron a alzarse para ser escuchadas por toda la concurrencia. – Bailaremos sobre las llamas para armar nuestro valor y

reforzar nuestra confianza en nuestros hermanos. – Roger Corben se dirigió con una sonrisa a Wyatt Herpes, hablando ya en voz más baja – Haz tu magia.

Los músicos invocaron a los Doors con el ‘Light my Fire’ y Lupus, que siempre cabalgaba sus instintos a través de las emociones, consiguió rápidamente deshacerse de la tensión acumulada y volver a disfrutar de la música. – ¡Hey!, que gran elección, esta gente sí que sabe. Se llaman ‘Los cosechadores’ y me han dicho que el rastas es un assamita antitribu ‘fumeta’ muy enrollado. - Cogió a Atram por la cintura, se giró hacia el escenario y se puso a beber de la botella que le ofreció Pantera.

- ¿Alguien puede explicarme qué ha dicho el nosfierratu y qué demonios es jugar a indios y vaquerros? - La Bestia seguía intentando entender qué había sucedido y De Paso decidió explicárselo cogiéndole del brazo y llevándolo más lejos de la música.

Media hora después, el camino de brasas estaba listo y los cainitas se preparaban para su actuación estelar de la noche. La pericia de la pequeña Wyatt, hizo que incluso bajo la lluvia, las pequeñas llamas iluminaran un perfecto corredor de rescoldos rojizos. La potente luz que desprendía el fuego era algo que molestaba a Pantera desde siempre, de hecho, todas las luces potentes desagradaban al lasombra, por alguna jugarreta del destino, ya que su debilidad de clan no era esa, sino el no reflejarse en los espejos, cosa que también sufría. Pantera sabía que caminar sobre el fuego era más una cuestión de convencer a los demás de que no era el miedo lo que te preocupaba sino la ejecución más o menos artística. Desde siempre había sido así y en ello radicaba el espectáculo y la gracia de este ritae. Además, muchos vampiros del Sabbat, trabajaban su escenografía a fondo para concentrar su voluntad en algo que les impidiera caer en el temido Röttschreck.

Bajo la tormenta y entre los retumbantes ritmos tribales que ahora interpretaban Los Cosechadores, los distintos miembros de cada manada fueron pasando con mayor o menor maestría por la peligrosa prueba y cuando le llegó el turno, Pantera utilizó la fuerza sobrehumana que le otorgaba la disciplina vampírica llamada potencia, para realizar un ejercicio de gimnasia deportiva atravesando el camino de fuego. Esto le dio un toque espectacular y vistoso a su ejecución y le permitió evitar el estar demasiado tiempo en contacto con las brasas y el fuego, algo para lo que ni sus pequeñas debilidades ni sus disciplinas le favorecían. La cosa no fue mal para Silver Rockets en general, pero mejoró mucho en el momento en el que Lupus, que contaba con un poder más adecuado para este tipo de

situaciones, como era la fortaleza, se pasó varios minutos bailando y regodeándose dentro del camino llameante e incluso llegó a tumbarse mientras se rociaba con una botella de whiskey.

La manada de los músicos, desfiló tocando sus instrumentos todos juntos, haciendo rugir a la concurrencia y como colofón, la pequeña cainita encargada del fuego, que fue la mejor representante de la manada del obispo, rivalizó con Lupus, haciendo el gusano sobre las llamas mientras iba perdiendo pelo y capas de piel que luego tardó un buen rato en regenerar. Al final del ritual, todos los sabbat allí presentes habían inflamado su moral y su confianza de forma visible, y la relación entre unos y otros, había sufrido una transformación incluso mayor a la que produciría una Vaulderie. Era un efecto quizás más efímero y transitorio, pero para una cruzada, era la elección perfecta. El respeto que Pantera sentía por Corben quedó reforzado y no dudó en apuntarse la lección de aquella noche en su cabeza.

Lupus, al final consiguió presentarles a todos a los Cosechadores. El Estirado, el Teclas y la bella y silenciosa Sid, con la que Quatemoc pareció conectar. E hicieron muy buenas migas con los músicos, pero cuando parecía que ya iba a empezar la diversión y que no tendrían que preocuparse más por nada hasta el amanecer, el nosferatu de los Confederados, apareció por allí con sus espuelas tintineando.

-Silfer Rockefs. El Ofisfo of frequiefre. Hay que haflar de efratefiaf. – Su mirada era seria, mas había un brillo especial en ella. Una invitación a que alguien hiciese un chiste a cerca de su pronunciación o de sus dientes. Sin embargo, aunque Lupus no podía reprimir una media sonrisa, y que el fruncimiento de cejas de La Bestia reflejaba que de nuevo no había entendido ni una palabra, nadie en la cofradía de Pantera aceptó el desafío, era un momento demasiado importante.

Cuando se reunieron en el Cadillac, la lluvia había empezado a escampar y las manadas se habían dispersado entre diferentes hogueras de neumáticos quemados, continuando con sus particulares reuniones y celebraciones. Los músicos ya no tocaban y un murmullo de voces disonantes se hacía eco entre los cadáveres de los coches allí abandonados. Corben parecía serio, observando sus mapas y papeles junto al cainita que se hacía llamar General Lee, que sonreía con la mirada perdida mientras canturreaba una vieja canción sudista por lo bajo. Wyatt y el padre Andrés estaban ayudando a Billy a colocar una lona y atarla con cuerdas para cubrir un espacio donde habían colocado una improvisada mesa de reuniones.

-Hay varios puntos que me preocupan, anciano. Pero está claro que después de lo de ayer, nosotros debemos encargarnos de mi hermano. Lo que deja un cabo suelto demasiado importante. - Corben hablaba con su cofrade como si los Silver Rockets no estuvieran allí.

-Más que eso, yo diría. Un asunto fundamental, sin duda. Algo fundamental. ¿Y si nos dividimos? – El presunto malkavian antitribu también parecía distraído, pero sobreactuaba, dejando claro que sabía que estaba siendo observado.

-Imposible. Os necesito a todos. Aunque el príncipe haya desaparecido, Rake es ahora el sheriff y ha reunido a todos los tipos duros que ha encontrado. Me estarán esperando. – Corben seguía concentrado en los mapas.

-Pero si la capilla no cae, el resto no servirá para nada. – Lee actuaba como un dibujo animado, se giró hacia lo que él parecía pensar que era su público, guiñándoles un ojo, en una interpretación que solo él entendía.

-Lo que nos lleva a...- En este momento, el Obispo levantó la mirada hacia Pantera.

-Están verdes, es una locura, puro azar, en mi opinión, jijiii. - Ahora, los dos contertulios les observaban sin tapujos.

- ¿Tenemos alternativa? – El Obispo no dejaba de mirar severamente a los ojos de Pantera.

- Claro que no. Las alternativas son ilusiones que nos hacemos para creer que podemos actuar de forma distinta a como debemos hacerlo.

-Ehem. – Pantera carraspeó visiblemente incómodo. Roger Corben se acercó a ellos despacio y habló pausadamente, dejando que el peso de sus palabras se hiciese notar.

-Bueno, bueno, bueno. Parece que finalmente vais a tener la oportunidad de demostrarnos lo duros que sois. Vuestro cometido será asaltar la capilla tremere de Atlanta y créeme cuando te digo, Pantera, que no será una tarea fácil. Si no cae, el resto de la cruzada no habrá servido de nada. Lo que hagamos los demás, la Camarilla podrá deshacerlo. Espero, por el bien de todos los aquí presentes, que estéis a la altura.